



Reseña:

**Ortemberg, Pablo (2014).
“Rituales del poder en Lima
(1735-1828). De la monarquía a la
república”.**

Lima: Fondo Editorial de la Pontificia
Universidad Católica del Perú, 402
páginas.

Por Jorge G. Paredes M. (Educador en
Historia y Geografía por la Universidad
Nacional Mayor de San Marcos).

jgparedesm@gmail.com

“Rituales del poder en Lima (1735-1828). De la monarquía a la república”, del historiador argentino Pablo Ortemberg, constituye un minucioso estudio de todas aquellas solemnes ceremonias donde lo profano está íntimamente imbricado con lo sagrado y que a su vez están orientadas a la sacralización del poder, lo cual supone fronteras y, por otra parte, produce jerarquías, encerrando distintos niveles de pacto: recibimientos de virreyes, proclamaciones reales, nacimientos de infantes, bodas reales, cumpleaños del monarca, funerales de miembros de la casa real, celebraciones de victoria militares, etc.

Los rituales, en general, se definen a partir de su repetición periódica que está orientada a ubicar los cambios en una ilusión de continuidad institucional. Pero la singularidad de este carácter repetitivo está en que cada acto ritual, aunque siendo igual o semejante al anterior o anteriores, es a la vez nuevo, es diferente, puede expresar disímiles sentidos en cada caso concreto en el cual se desarrolla. De allí que el aforisma del escritor francés René Char *“el acto es virgen, incluso repetido”*, que recuerda Ortemberg en una entrevista, expresa muy bien este carácter tan singularidad de la repetitividad de los actos rituales.

El libro es el resultado de la adaptación de su tesis doctoral sustentada, en noviembre de 2008, en la Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales (EHESS),

tesis que fue la culminación de una investigación iniciada en 1998. La EHES publicó la tesis el año 2012 (*Rituel de Puvoir à Lima. De la Monarchie a la République, 1735-1828*). La Traducción al español ha sido realizada por el propio autor.

Es importante señalar, como lo recuerda Ortemberg, que su tesis para su licenciatura fue **“Celebraciones del poder real en Lima: simbolismo y poder urbano colonial”** (1999), trabajo que marca el comienzo de sus investigaciones tratando de elucidar cuáles habrían sido los mecanismos simbólicos que construyeron consenso en una sociedad tan desigual como la de Lima virreinal y de qué manera dichos mecanismos garantizaban la producción de la estructura social.

Ortemberg traspasa la frontera temporal virreinal para incursionar en los siete primeros años de vida independiente peruana (1821-1828), lo que le permite finalizar el recorrido por las transformaciones del ceremonial político en su relación con la metamorfosis de la identidad peruana al momento de la consolidación del régimen republicano peruano, luego de –o gracias a– la «desbolivarización» real y simbólica del Perú en 1827-1828. El período elegido para el estudio (1735-1828) le permite analizar el paso del ritual de fidelidad absolutista al constitucionalista, independentista y por último republicano. Este tránsito permite a Ortemberg interrogarse sobre las formas que adquiere la legitimidad en los momentos de cambio en el orden político peruano. En el análisis de los usos y sentidos de las fiestas de poder, señala Ortemberg, aparece central el proceso de la mitopoiesis de la nación peruana.

El libro está prologado por Nathan Wachtel. La introducción (pp. 19-51), relativamente extensa, es muy sustanciosa y permite formarse una idea integral de los temas que se tratan en los cinco capítulos en los cuales está dividida la obra.

El capítulo 1, titulado “El recibimiento de los virreyes en Lima: un modelo para desarmar”, describe, analiza e interpreta todas aquellas actividades que se desplegaban con motivo de la llegada de un nuevo virrey y el cambio de mando. Este se realizaba en la Capilla de Nuestra Señora del Carmen, en La Legua, y se materializaba con la ceremonia del traspaso de bastón.

Es muy interesante el análisis que encontramos en el libro acerca del recibimiento de los nuevos virreyes por las instituciones académicas, refiriéndose Ortemberg, entre otras cosas, a los panegíricos que era costumbre pronunciar.

Analiza el Elogio del Virrey Jáuregui, al que Ortemberg califica como *“uno de los panegíricos más controvertidos en la historia de los recibimientos auspiciados por la universidad de San Marcos”*. (p. 78).

El capítulo 2, “Usos y sentidos de las proclamaciones reales en la Ciudad de los Reyes”, Ortemberg lo dedica a analizar las juras o proclamaciones reales, uno de los rituales de poder más trascendentes en el mundo hispano. Eran el reconocimiento público del nuevo soberano y estaban íntimamente relacionadas con las exequias del rey fallecido. Debido a la distancia, lo común era que, en el Nuevo Mundo, la orden para la celebración de estos dos acontecimientos llegaba casi al mismo tiempo. Señala Ortemberg que el siglo borbónico *“parece consolidar la costumbre del elogio al monarca a partir de la publicación de cómo se debería llevar a cabo las exequias del monarca difunto y las ceremonias y fiestas de proclamación del nuevo soberano”*. (p. 101)

En este capítulo Ortemberg analiza las proclamaciones de los soberanos Fernando VI y Carlos IV. La ceremonia y festividades por la proclamación de Fernando VI, en Lima, en 1747, acaecen en un momento singular para la capital virreinal, la cual había sido asolada por el sismo del 28 de octubre de 1746. Habiendo sido afectados tanto el Palacio Virreinal como la Iglesia Catedral, tuvo que improvisarse una viceiglesia en la Plaza Mayor y el virrey (Manso de Velasco) hubo de alojarse, precariamente, en la Plaza Mayor, durante tres meses. Señala Ortemberg que la celebración de las exequias por el fallecimiento de Felipe V y la proclamación de Fernando VI *“no era solo un acto de vanidad de la Ciudad de los Reyes, sino que constituía además un eficaz recurso simbólico para garantizar el orden amenazado y restablecer el equilibrio urbano al redibujar el orden amenazado y restablecer el equilibrio urbano al redibujar las fronteras que el temblor había borrado”*. (p. 113).

Otro aspecto que analiza Ortemberg es el concerniente a los nuevos espacios para las diversiones públicas, como el Paseo de Aguas, la Alameda de los Descalzos, la Plaza de toros, el coliseo de gallos, etc.

El capítulo 3 describe y analiza tanto las fiestas absolutistas como las constitucionales así como el desarrollo de los rituales guerreros en el periodo de crisis y transformación en el mundo hispano entre 1808 y 1820 y que se manifiesta en Lima con características, en general, como las que se operan en otras regiones de Hispanoamérica pero también con particulares disímiles que permiten apreciar

aspectos que han sido poco resaltados. En el Perú, gran parte de este periodo está cubierto por la actuación del virrey Abascal, del cual el viajero Stevenson, según cita de Ortemberg, expresara; *“no hubo jamás virrey de España en el Perú con más deberes accidentados que cumplir o con más negocios delicados que conducir”*. (p. 165).

Se analiza, asimismo, la proclamación y jura de Fernando VII cuando ya se conocía de su cautiverio (13-10-1808) y que va a tener como nota distintiva la saturación iconográfica del espacio ritual con la imagen del Deseado. El ritual y las festividades ponen de manifiesto al público limeño, y en general a todo el virreinato, y no solo en el ámbito peruano sino en todo el ámbito territorial hispanoamericano, la especial situación que vive el mundo hispano. Ortemberg precisa que el movimiento juntero hispanoamericano de 1809-1818 tiene expresa connotación fidelista. Que la supuesta «máscara de Fernando» como estrategia de revolucionarios separatista está cuestionada *“porque supone atribuirles a sus autores de 1809 y 1810 una conciencia histórica que no poseían, a la vez que proyecta una lectura teleológica sobre un proceso abierto”*. (p. 177).

El historiador argentino analiza la “eclosión juntera hispanoamericana”, los rituales guerreros, las festividades que lo acompañan, así como también la política continentalista de Abascal en su defensa del sistema y orden virreinal. Analiza pues *“la dimensión política de la larga década de revolución y contrarrevolución”*. (p. 180).

En este capítulo Ortemberg estudia el tránsito del ceremonial militarizado al ceremonial guerrero. En ambos bandos en contienda se da el culto a las banderas, la “guerra de las Vírgenes” o Mariscalas Patronas de los Ejércitos en contienda, el culto al héroe guerrero (individuales y colectivos). En pocas palabras: el tránsito del fidelismo al separatismo.

Por otro lado, analiza la influencia del breve periodo liberal gaditano que va finiquitar, en 1814, con el retorno al absolutismo. Todo volvía a retrotraerse a 1807 y en el caso de Lima esto se hizo sin resistencia alguna porque, según señala Ortemberg, esta ciudad se anticipó a las medidas que fueron llegando un vez restablecido en el trono Fernando VII.

El capítulo 4, “Reproducción simbólica del ceremonial independista” está dedicado a la etapa sanmartiniana en el Perú (1820-1822). La proclamación de la independencia del Perú fue una proclamación negociada, producto de una invitación de autoridad a autoridad representativa. El Marqués de Montemira,

encargado por el virrey La Serna de la ciudad de Lima, decide, de acuerdo con la elite limeña, invitar formalmente a San Martín para que ingrese a la capital y restablezca el orden. San Martín, muy sagazmente, reconoció la autoridad del solicitante exigiendo solo que los “vecinos honrados”, reunidos en cabildo abierto, se decidieran a favor de la independencia. Esta singular negociación da como resultado que el 15 de julio de 1821 el cabildo limeño declare la independencia del Perú y el 28 San Martín la proclame, a la usanza de la etapa virreinal, desde cuatro plazas públicas. El análisis de Ortemberg muestra con claridad como este cambio de autoridad fue tan solo un cambio o traspaso de poder y no de sistema: *“El ritual se ajustó al código virreinal de las fiestas de tablas, pero con el general San Martín como jefe supremo en reemplazo del virrey”*. (p. 247).

Como parte de estos rituales del poder, Ortemberg analiza el especial caso de la Orden del Sol, sus fiestas cívicas y distinciones. Todo un montaje monarquista, utilizando como operador político a Monteagudo, que lo que ha hecho es romper con la monarquía española pero planificando establecer un gobierno monárquico independiente, soberano, aunque con una testa coronada procedente de una dinastía europea. Ello no tiene nada de singular porque en otros lugares de Hispanoamérica también se intentó ello. Lo curioso es que ese monarquismo no recibió en el Perú todo el apoyo esperado del territorio más monárquico de Hispanoamérica, entre otros factores por la política antiespañola de Monteagudo. En realidad, del gobierno protectoral porque no fue, como algunos pretenden, solo política de Monteagudo, el cual se había ganado, y con creces, el odio no solo de la elite limeña sino de los más diversos sectores sociales. Para los republicanos se había convertido en despótico: cruel con los peninsulares, semi-tío para la elite blanca e insolente para la aristocracia.

En el capítulo 5 “El ceremonial bajo la República”, Ortemberg abarca el periodo 1823- 1826: primer congreso peruano y la etapa bolivariana peruana, concluyendo con la política antibolivariana que triunfa poco tiempo después que El Libertador se retirara del Perú. Los rituales y festivales de este periodo son un *continuum* de las etapas anteriores y en lo sustantivo es la pervivencia de lo establecido en la etapa virreinal. Así por ejemplo, la elección para el Congreso Constituyente de 1823 se realizó reproduciendo el sistema implementado por la Constitución de Cádiz. La proclamación de la República fue celebrada tácitamente

al promulgarse la Constitución de 1823, aunque en la práctica no rigiera, porque hubo necesidad de entregar la dictadura a Bolívar. Señala Ortemberg que la adopción de la forma de gobierno republicano “*no desempeñó ningún papel de relevancia el mito de origen, ni en el Perú ni tampoco en buena parte de los otras jóvenes repúblicas*”. (p. 289). Tanto las bases de la constitución como la Constitución sí fueron juradas. Esta última fue jurada en las cuatro plazas públicas en las que tradicionalmente se realizaba esta ceremonia.

Señala el estudioso argentino que la liturgia cristiana fue más invocada por el poder político peruano independiente (Primer Congreso Constituyente y Primera Junta Gubernativa) que durante el Protectorado.

En cuanto a los rituales del poder y festividades, el periodo bolivariano es la expresión más clara del culto a Bolívar, que si no generado por el propio Libertador sí consentido por él y que terminó por generar dos posiciones ideológicas encontradas; la hagiográfica y la mitificación iconoclasta. Ortemberg es cuidadoso en destacar las variaciones regionales que tuvo la liturgia bolivariana.

El libro de Ortemberg ha de convertirse en un clásico de los estudios de los rituales del poder en el Perú entre fines del siglo XVIII e inicios del XIX.

© REVISTA ELECTRÓNICA DIGITAL

RUNA YACHACHIY

Berlín, II Semestre, 2014

www.alberdi.de